

Pandemia en el sur

Ildefonso Muelas Martín

Pandemia en el Sur

Puente de Vallecas

Capítulo 1

Cuentos de la Pandemia

Vallecas

Nueva Numancia

I

Cuando Luisa sale de casa ya es noche cerrada en Madrid. Aprovecha el camino al trabajo para pensar a solas, sin distracciones, por eso, aunque la estación de Puente de Vallecas no es la más cercana a la calle López Grass, sale un poco antes de lo necesario para pasear. Lleva un año en el turno de noche y aunque hubiera preferido seguir trabajando por la mañana, con el mayor sueldo de este horario en un año más habrá ahorrado suficiente para dejar el piso de su hermano y alquilar su propio apartamento. En seis meses Paula su cuñada, dará a luz y aunque no le han dicho nada, sabe que uno más por pequeño que sea, hará asfixiante el poco espacio en el que viven.

Cuando llegó a Madrid desde Cali cinco años atrás Rafael llevaba seis en España, se había casado y Jenny ya tenía un año. El piso en el que viven apenas tiene sesenta metros, apretado para los cuatro, pero suficiente para tener su habitación propia, pequeña pero lo justo para mantener su privacidad y dar un mínimo de intimidad a Rafa y Paula. Con la llegada del bebé eso cambiará y aunque les hayan venido muy bien los trescientos euros que les ha ido dando todos los meses, tendrán que hacer sitio para el niño.

Mientras camina cuesta abajo por la avenida de la Albufera, casi desierta a estas horas de este extraño otoño piensa en la suerte que tuvo al encontrar trabajo en el call center de la compañía de seguridad tras obtener el permiso de trabajo. Pasó su travesía del desierto con trabajos precarios de asistencia doméstica, sin estar asegurada durante los tres años necesarios para solicitar la residencia. Gracias al apoyo de la familia sobrevivió razonablemente bien.

Prefiere pasear a la ida, cuando vuelva a la mañana siguiente se bajará en Nueva Numancia más cerca de casa. La mascarilla ya no le molesta tanto como al principio, pero caminar cuesta arriba le sigue dificultando la respiración. Aunque casi nunca se cruce con nadie hasta llegar a la entrada del Metro, no duda en ponérsela desde que sale del portal en un gesto automático que a veces le sorprende al pensar que solo seis meses antes le hubiera resultado tan extraño como verse en una de esas series distópicas que tanto le fascina ver en Netflix. La plataforma de cine y series es uno de los pocos caprichos que se permite y que tanto le

entretuvo en los largos fines de semana en la primavera del confinamiento. Sigue sin entender los motivos para llevar siempre la mascarilla puesta por la calle cuando casi nunca hay alguien alrededor, o en todo caso los pocos transeúntes que comparten las calles de la ciudad a estas horas se reparten el espacio con mucha más distancia de seguridad de la oficialmente establecida. A veces le asaltan las ganas de quitársela, encarar al que le mire mal y gritar de impotencia..., pero se contiene.

Como preveía no coincide con nadie en su trayecto diario. Pasa por delante del pequeño parque donde lleva todos los días a su sobrina mientras su cuñada llega del trabajo, es otra ventaja del turno de noche ; ayudar a su hermano y compensar en parte la ayuda que le presta desde que llegó a Madrid. En realidad, no le cuesta nada, adora a su sobrina y disfruta de sus momentos de juego y con sus ocurrentes conversaciones. A partir de hoy ya no podrán ir al parque, no han tenido tiempo de decidir qué hacer, las nuevas medidas restrictivas les han cogido por sorpresa. Creía que al aire libre las probabilidades de contagio eran muy bajas, sin embargo, el cierre de los parques es una de las nuevas medidas que han impuesto a partir de hoy, le cuesta entenderlo y a veces le tienta quejarse airadamente, pero se contiene.

Casi sin darse cuenta entretenida en sus reflexiones ha llegado a la boca de metro. Camino al trabajo a estas horas apenas hay nadie en el andén, a la vuelta en plena hora punta será otra cosa. Le tranquiliza pensar que al menos el riesgo de contagio en los vagones atestados solo se produce en el trayecto de la mañana. Cuando salga por la mañana no parará en Atocha para su paseo diario en el Retiro. Se acostumbró a hacerlo meses atrás, antes del confinamiento y lo retomó en junio, le ayuda a pensar, le relaja y le recompone después de ocho horas sentada atendiendo llamadas y emergencias tras su pantalla, auriculares con micrófono incorporado y rodeada de casi cien compañeros del call center, casi todas mujeres como ella de origen latino. Los auriculares no evitan en su totalidad el permanente murmullo de las conversaciones telefónicas y a pesar de las dos cortas pausas de café y cigarro, ocho horas atendiendo incidencias de seguridad acaba siendo agotador.

Las nuevas medidas restringiendo la movilidad de los vecinos de su distrito, no le permitirán el paseo diario fuera de su barrio, los parques allí no se pueden comparar con el glamour de El Retiro..., aunque cae en la cuenta según lo está pensando que también estarán cerrados. Menos mal que en esta ocasión la presencia en el trabajo no se ha cuestionado. Está deseando llegar a su mesa para quitarse la mascarilla.

Ya ha naturalizado la visión de los vagones llenos de gente con media cara cubierta. Antes le entretenía jugar a imaginar la vida de la gente que le rodeaba en cada trayecto, incluso apostaba la parada de destino. Dejó de hacerlo cuando todo el mundo empezó a llevar mascarilla, ahora a veces,

cuando descansa de la lectura que siempre le acompaña juega a adivinar el aspecto que tendrán las caras bajo la máscara. Al principio le agobiaba, ahora se ha acostumbrado.

Nunca se arrepintió de estudiar Historia a pesar de la insistencia de su padre para que eligiera una alternativa más “práctica y con más salidas profesionales”. Los años en la Universidad del Valle fueron los mejores de su vida y a pesar de que ya se había resignado a no dedicarse nunca a la docencia, seguía manteniendo su pasión y ahora prácticamente solo lee novela histórica. Por la noche siempre consigue asiento y la media hora de trayecto se le hace corta entre página y página. Sonríe bajo la mascarilla cuando se recuerda vehementemente contra la moda de los e-books. Nunca será igual el placer de la lectura sin el tacto y el olor del papel solía defender airadamente. Desde que su hermano le regaló el aparato hace dos cumpleaños, empezó a apreciar las bondades del formato, su poco peso en el bolso, la comodidad frente a los algunos veces voluminosos libros de papel..., hoy Luisa se reconoce como una defensora incondicional del nuevo soporte. Su vena de historiadora le obliga a aceptar que el progreso es un camino sin retorno. ¿De dónde sacará su compañero Miguel los e-books que le pasa regularmente?. Sabe que es mejor no preguntar...

Diez minutos le separan de la oficina desde la salida del metro de Plaza de Castilla. Llega siempre quince minutos antes para tomarse un café en la cocina de la oficina. Hoy además les han convocado con un email de urgencia el domingo por la mañana a una reunión antes del comienzo del turno de noche. Le inquieta un poco, pero prefiere no anticipar acontecimientos y esperar las noticias, piensa mientras recorre el vacío tramo del Paseo de la Castellana, tuerce a la izquierda y callejea un par de minutos hasta la entrada del edificio de oficinas en el que la empresa tiene su sede central y el servicio de atención de emergencias donde Luisa trabaja. Al menos cuando deja la Castellana la iluminación de estos últimos metros no es tan tenue y amenazante como en mi barrio, piensa Luisa mientras se limpia las manos con gel hidroalcohólico en el primer control de entrada.

No hay nadie en la cocina, el turno de tarde está a punto de salir y aún faltan quince minutos para la reunión. Miriam, su compañera de origen marroquí debe estar a punto de llegar para acompañarle con su té verde mientras ella se prepara su acostumbrado café con leche.

-Hola Luisa- saluda su compañera de mesa compartida, que acaba de entrar en la cocina.

- ¿Qué tal Miriam?

-Pues mal, tu barrio también está en la lista de apestados, ¿no?

-Sí hija, el primero de la lista. Una putada la verdad

-Ya..., ¿qué crees que nos contará ahora el cretino de Carlos?

-Pues no te sabría decir, últimamente prefiero no preocuparme por anticipado. Vamos de susto en susto, así que...

Toman su bebida en silencio, preocupadas, mientras otras compañeras van llegando y preparan las suyas. Luisa echa de menos las animadas conversaciones intrascendentes que solían mantener los lunes de meses atrás contándose el fin de semana entre risas, besos y abrazos. Ya no se atreve a vaticinar la vuelta a la normalidad. Cuando se altera le dan ganas de gritar que está hasta el coño de la nueva normalidad..., pero se contiene.

Las cien mujeres de la sala están ya en sus puestos con sus sillas giradas hacia la puerta del despacho de Carlos, expectantes a las palabras del supervisor. La presencia a su lado de Luis, el director no augura nada bueno.

-Buenas noches, señoras-toma la palabra el director con una sonrisa nerviosa, casi una mueca que les confirma el mal presagio- Como supongo que sabréis porque muchas de vosotras estáis afectadas, el viernes la Comunidad de Madrid ha decretado algunas medidas con nuevas restricciones de movilidad en varias zonas de la ciudad. El sábado el comité de dirección celebró una reunión de urgencia para analizar en qué medida esto nos podía afectar internamente.

Aunque la movilidad al trabajo no está comprometida de momento, lo cierto es que muchas de vosotras vivís en los barrios afectados. Por responsabilidad hemos decidido adaptar las medidas oficiales a nuestra realidad interna.

-La verdad es que esta introducción no pinta nada bien- le susurra Miriam a Luisa

-No, para nada...

-Es importante- continúa Luis hablando rápido como con ganas de terminar- que entendamos las nuevas normas como un plan de ayuda y protección para todos y en absoluto con ninguna intención discriminatoria. Bueno, en fin, para no alargarlo más, vamos a dividir la sala en grupos de cinco mesas dobles, enfrentadas con las pantallas del ordenador por medio, es decir en grupos de diez, el criterio será equivalente al de las medidas oficiales, es decir vamos a agruparos en dos grandes grupos: empleadas que viven en zonas con restricciones por un lado y las que viven en zonas libres por otras, y estos a su vez en subgrupos de diez..., ¿me he explicado bien? – prosigue sin esperar respuesta-de esta manera

evitaremos en la medida de lo posible que si se produce algún contagio se propague a toda la plantilla. Las pausas, visitas al baño, a la cocina, en definitiva a cualquier zona común solo podrán hacerse en solitario o en compañía de las compañeras de subgrupo, ¿alguna duda?- sin dejar tiempo a responder a pesar del murmullo ya generalizado, Luis continúa- no obstante Carlos que está al cargo de la logística del plan os contestará y ayudará en la nueva organización- y así acaba su mensaje ya encarando la salida para coger el ascensor que le llevará a la planta de arriba donde tiene su despacho aislado de la contagiosa sala.

II

Ya es viernes, cinco días desde que entró en vigor la nueva segregación de la nueva normalidad en el barrio. La avenida de la Albufera aún está más desierta que una semana atrás, los bares y las casas de apuestas que salpican toda la avenida, desde el estadio del Rayo han cerrado a las diez. Luisa no cree que la restricción de movilidad les haya afectado mucho, nadie de fuera del barrio viene aquí a beber o a apostar.

Esta tarde no ha sabido responder a la pregunta de su sobrina:

-Tita, ¿por qué no podemos ir al parque en vez de a Mercadona? Yo prefiero jugar en los columpios que tomarme aquí un helado- le dice mientras sentadas en una terraza de la avenida ven sin prestar atención como la gente entra y sale del salón de juegos y apuestas.

Quizá se plantee dejar el paseo hasta la estación del puente y baje al Metro en la estación de Nueva Numancia a escasos diez minutos de casa. La calle vacía y la irracional vulnerabilidad que le produce la mascarilla, han convertido en un alivio la llegada a la boca de metro pervirtiendo el disfrute de su breve paseo nocturno. Ha llovido, pero apenas percibe el aroma de la calle mojada y la húmeda escasa vegetación anulado por el olor acre de su propia respiración.

-La venganza de la halitosis -murmura sonriendo bajo la máscara mientras baja las escaleras de la estación.

La nueva distribución de la sala de trabajo evidencia la procedencia de las mujeres. Tiene la sensación de que las afortunadas vecinas de los *barrios libres* están viviendo el cambio como un ascenso. Donde antes todas compartían la misma posición, ahora se ha creado un nivel inferior. Luisa casi querría que les obligaran a mantener la mascarilla en su puesto para evitar los gestos burlones de alguna que otra cretina. Le viene a la memoria la dialéctica hegeliana del amo-esclavo que tanto le impresionó cuando estudiaba historia de la filosofía, reproducida tal cual en este microcosmos babeliano.

En su nuevo grupo de diez solo ella y Miriam viven en Vallecas, el resto son de otros barrios del sur de Madrid, excepto Carmen, una pelirroja bajita y pecosa que viene de Alcobendas. Recuerda cuando Carmen les dijo al entrar en la empresa que ella vivía al lado de La Moraleja. Siente como Carmen mira resentida hacia el otro extremo de la sala donde íntimamente cree que pertenece por derecho propio. ¡Qué pereza! -piensa Luisa-, si no es bastante todo este disparate además sentirte discriminada en tu propio espacio, ¡qué estúpida es la naturaleza humana!

La empresa de seguridad donde trabajan no solo no está notando la crisis de la pandemia, sino que parece incrementar por días la actividad. Durante los meses de confinamiento se percibió un incremento de llamadas de clientes preocupados por sus segundas residencias desatendidas a la fuerza y últimamente algunos políticos están haciendo de los okupamientos una cuestión de alarma nacional. Internamente saben que no se ha producido un incremento relevante del *problema*, los avisos no han aumentado al respecto, pero la sensación en los medios es de crisis inminente, de catastrofe nacional. Luisa sospecha que es un interesado intento de desviar la atención ante la desconcertante e infructuosa gestión en el aumento descontrolado de los contagios. Al menos-piensa Luisa-quedarme sin empleo no parece probable a corto plazo.

- ¿Cómo se presenta el finde? - le pregunta a Miriam en un rincón de la cantina donde se reúnen las compañeras de grupo, mientras las que fuman han bajado a la calle durante la primera pausa de café que les corresponde esta noche, según la parrilla de turnos que cuelga junto a la puerta abatible, sin pomo desde hace unos meses.

-Teníamos reservada una noche en una casa rural de la sierra. El barrio de Ángel no tiene restricciones, pero el mío sí. Así que ni puta idea de que haremos. Toda la semana metro arriba, metro abajo para trabajar, hasta el coño de los vagones atestados. Para ver a mi novio tuvimos que quedar el miércoles a cenar aquí al lado justo antes de entrar. Y ahora llega el finde y no puedo salir del barrio. Para trabajar sí, para relajarse y descansar no. A lo mejor me echo al bingo y a los juegos de azar que están abiertos hasta las diez. Tampoco cine, como en el barrio ya no quedan salas hay cruzar la frontera hacia Méndez Álvaro, así que nada. ¡Hay que joderse! Todo esto es una tremenda gilipollez.

- Sí, es incluso peor. Los políticos no saben qué hacer para frenar el descontrol de los contagios, y como tienen que dar la imagen de que hacen algo, han decidido montar todo este circo para ocultar su impotencia. Y claro, ya puestos a encabronar al personal, se encabrona a los que viven en las zonas que no les votan. Indecente vaya...

-Pues eso Luisa que me dan ganas de mandarlo todo a la mierda e irnos a la sierra. Si me multan pues vale, pero al menos podremos pasear por el

monte y quitarnos la puta mascarilla..., Ángel es muy cobarde para eso. No sé qué haremos..., el lunes te contaré.

¿Y tú qué?, ¿tienes planes?, ¿algún cambio con Toni?

-Pues nada nuevo, lo de *vamos a darnos un tiempo*, ya sabíamos los dos que era una excusa. Él está más cómodo como follamigos y yo no sé que pensar. De todas formas, no sé si podremos vernos con las restricciones. Usera también está afectada. Oye..., ¿entre guetos se pueden recibir visitas? - pregunta Luisa casi divertida

- Ja, ja, supongo que no, aunque a la policía los contactos entre rojos y podemitas les importará un huevo

- En serio, no sé, casi es un alivio tener la excusa del confinamiento para no vernos. Últimamente los encuentros se estaban convirtiendo en algo incómodo. Creo que lo nuestro se ha acabado y no me apetece nada que al final lo que me quede en el recuerdo sean estos últimos meses de relación fallida.

-La memoria es agradecida y selectiva, normalmente con el paso del tiempo siempre recordamos los buenos momentos. Es un recurso higiénico, de salud mental.

- Ojalá..., pero creo que es mejor no alargarlo innecesariamente. Bueno, volvamos al teléfono que el grupo tres está a punto de llegar.

Está amaneciendo, dentro de un mes con el horario de invierno ya será de día. Esta semana las mañanas se le han hecho eternas. Sin su paseo por el Retiro a las nueve ya está en casa, sola, Rafa y Paula en el trabajo y Jenny en el colegio, al menos ya no hace calor, los ratos que ha tenido que pasar en el piso durante los meses de verano han sido angustiosos.

La semana que viene volverá a bajarse en Atocha y paseará por el parque. Por mucho que lo intenta no consigue entender por qué es más arriesgado pasear por las avenidas del parque casi desiertas a esas horas, que viajar en vagones atestados.

-Es difícil que la policía me pare, ya veremos si el sentimiento de culpa y el miedo a que me paren resta placer al paseo- se dice poco convencida.

A las doce empieza el trasiego en el piso de arriba. Cada vez empiezan antes- piensa Luisa. En el tercero trabajan al menos tres chicas, una debe ser colombiana como ella. Con las ventanas abiertas no puede evitar oír las conversaciones, no tan claramente como para entenderlas, pero sí ha distinguido perfectamente el acento de su país. A veces piensa que podría haber acabado trabajando en ese piso de no haber tenido el apoyo de su

familia en España. La línea del destino es a menudo demasiado fina.

Durante el confinamiento la actividad en el piso burdel paró casi totalmente. En cuanto se levantó la restricción la fiesta se reanudó automáticamente. Esta semana el timbre ha sonado menos pero no se ha interrumpido, Luisa supone que entre la clientela del barrio y los obreros con los que se cruza en la escalera del edificio desde que comenzó la rehabilitación de la fachada del edificio de enfrente, el negocio se mantiene.

Hay días que el trasiego en la escalera es continuo, ahora con la mascarilla los clientes se saben anónimos, ya no bajan la cabeza, alguno incluso saluda cordialmente mirando casi desafiante a los ojos. Se sienten protegidos de miradas reprobadoras como las que sufrían en la vieja normalidad.

Se pregunta cómo será el protocolo higiénico en estos tiempos. ¿Se quitarán las mascarillas para besar?, ¿mantendrán las mascarillas durante el coito y se las quitarán para el sexo oral? No se lo imagina, tampoco es que antes del virus hubiera pensado en estas cosas, pero ahora todo le parece complicado, y se plantea cosas por las que siempre pasó de puntillas. ¿Los obreros puteros del edificio en construcción serán del barrio? Si se contagian no se someterán al rastreo, eso seguro.

III

Aún tiene pendientes un par de serie distópicas en su página de favoritos. Nunca imaginó que las cosas cambiarían tanto como para provocarle el mareante desasosiego que le causó el primer capítulo de la última serie que tan solo empezó unos meses atrás ya en plena pandemia. La realidad en algunas cosas se ha acercado tanto a la ficción que el vacío en el estómago ya le resultaba insoportable. Sueña con retomarlas cuando todo esto pase y pueda volver a verlas como lo hacía antes.

Ahora por la noche devora series históricas. Esta segunda temporada de Isabel con la conquista de Granada y la preparación del primer viaje de Colón como telón de fondo le está gustando más que la anterior.

Con los auriculares para no molestar a Jenny que duerme en la habitación de al lado y la luz apagada consigue concentrarse totalmente en la acción. Cuando le empiecen a pesar los párpados, leerá un rato y por fin cerca del amanecer dormirá. Todos los sábados son difíciles, trabajar de noche e intentar hacer horario diurno los fines de semana es como vivir en un continuo jet lag.

-Quizás si esto dura mucho me matricule en Filosofía, o Sociología tal

vez..., es su último pensamiento antes de que le venza el sueño. Al despertar lo habrá olvidado.